

El Paseo del Malecón y la Huerta

POR

JOSE GUILLÉN SELFA

«Cuatro cosas hay en Murcia
que no las hay en el Orbe:
el Malecón y la Vega,
las muchachas y la Torre.»

Así fue como, de común acuerdo, Jara Carrillo y Frutos Baeza, captaron, a comienzos de siglo, la tetralogía de esos valores murcianos; cuando, amigablemente, paseaban por la inspirada plaza de la Sartén.

Hoy, que aspiramos a reivindicar nuestros más prístinos y tradicionales valores, vamos a ocuparnos del Malecón. De ese único paseo murciano y tal vez español sobre la Huerta. Porque en él vemos el enfoque de un murcianismo, nunca mejor evocado y representativo.

Tal es el máximo encanto de este singular paseo. Hoy, incomprensiblemente manirroto y abandonado. Que, también, contempla esa otra copla más vieja, con que cantaba el huertano sus cuitas amorosas:

«Entre Cartagena y Murcia se perdió mi corazón...
Yo le buscaba en el muelle
y estaba en el Malecón...»



Porque el Malecón es el primero y mejor de los caminos que a la Huerta conducen, ya desde la pequeña ciudad renovada en el siglo XVIII.

Porque es mirador incomparable de ese gran hogar cristiano de Murcia, en que aún se rinde culto a la naturaleza y a Dios. Y, finalmente, porque el Malecón recoge, como nadie, esa simbiosis Huerta-Ciudad, a lo largo de sus dos kilómetros de recorrido, en que se incrusta, cual la proa de un navío, en la Huerta murciana. De esa Huerta, con esencia y sostén de la Murcia eterna; de quien el Malecón es simbólico espólón; al que el ex huertano, hoy ciudadano, parece haber vuelto la espalda. Porque, desde siempre, fuera suave atalaya, mirador eje erguido sobre la Vega que le sirve de pedestal.

Mas el casco de Murcia no es ya tan extenso, que impida su rápido recorrido ni su huerta ilimitada, para impedirnos contemplarla desde aquél...

Nunca conviene ir deprisa, a quien no lleva, entre sus manos, negocio más urgente, que el de contemplar y ver. Este ha sido y es, desde siglos, el gran éxito del Malecón, cantado por los poetas y escritores foráneos y de la tierra.

Concebido como dique protector contra el turbulento Segura, no nació para ser un paseo. Según Espinalt, era, en el siglo XIX, «uno de los muros más hermosos de España: imponente, con su calzada de 15 pies de alto, 90.000 de largo y 40 de ancho».

Varios son los muros de contención que hiciera unir el cardenal Belluga para su formación, hasta la Casica de los Tablachos, a fin de defender la castigada ciudad. Y que, a lo largo de la historia, han venido a conformar el actual paseo... Permítasenos, por tanto, establecer, primeramente, varios jalones respecto a su recorrido y a su evolución histórica.

Pasear por el Malecón ha sido un rito obligado en el transcurrir de la vida murciana; un escapar al trasiego de la ciudad; un seguir, por las baldosas amarillas de esa fantástica realidad, el susurro de la naturaleza. Pero, también, un tránsito «dende la ciudad a la Arboleja» (en la jerga del panocha murciano). Tránsito que, iniciado en el Plano de S. Francisco, tiene un símbolo eterno en el León que custodia la entrada, para terminar, 1750 metros más allá, en la desaparecida Casa de los Tablachos; hoy suplida por la efiegie en bronce de don José María Muñoz, el filántropo que dió dos millones de reales en la dañina riada de Santa Teresa (1779). Allí donde la acequia mayor (Aljufia) inicia su gran recodo, después de nacer en la Contraparada. En aquel ocase, los primitivos huertanos, acudían a proteger sus bancales, tras la mota,

del turbión rebelde de las aguas desbocadas. Un sobre-acequero guardaba bajo llave los tablachos, desde 1575.

En el extremo opuesto, y sobre la base de León guardián, aún se notan las ranuras utilizadas para colocar otros tablachos. Simbólica coincidencia de la conjunción Huerta-Ciudad.

Tras la espléndida escalinata de acceso, empezamos el recorrido, al cruzar la portada, en que inicia la calzada serpenteante, de unos ocho metros de anchura. Que nos conducirá, a través de unos tramos, poco señalizados, a un final «quasi» huertano. Una bancada continua, sujeta la calzada, a ambos lados durante los primeros 550 metros, hasta que un ensanchamiento provoca la replaceta de la Sartén. A partir de aquí, desaparece la bancada y el pavimento marmóreo se convierte en tierra apisonada o espigón; siendo el boj y algunos bancos de piedra en los bordes los que enmarcan el recorrido final. Los muros laterales, en especial el de la izquierda, que le sirve de zócalo y que señala el recorrido inferior de la carretera de La Nora, puntualizaba el viejo cauce del río. Hoy, separado y encauzado, tras la histórica supresión de sus vueltas o meandros; que afectaron a la margen izquierda del Paseo, donde dejó varios parajes o «sotos»; luego contruidos o replantados de huerto o arbolados. En este primer tramo, varias edificaciones y chalets acceden, por la izquierda, a la carretera mencionada. En su mayoría, responden al plan urbanístico de «zona ajardinada» de principios de siglo. Algunos han sido ya derruidos; otros persisten, como el chalet de Medina, o el bellissimo Murcia-Parque. Escalerillas laterales al Paseo demuestran su constante utilización y trasiego.

La parte derecha de esta primera secuencia, ha sido, tal vez, la más pintoresca: los frondosos huertos del Botánico, Cipreses y del Cura, lo rodeaban, enmarcados por bellas portadas de acceso, que hoy no son más que una huella en el recuerdo, sustituidos por el actual Parque Municipal. Este, de factura moderna, contrasta vivamente con el pintoresquismo citado. No ya por su estructura sino porque, menos original que aquél, se aprovecha incluso del viejo muro protector del Malecón.

Con todo, hoy como ayer, el Malecón es tonificante. No en balde, pulmón de la ciudad, recrea a la vista con las palmeras que lo ribetea y mecen sus abanicos de espadas pulidas al sol. Mientras, más allá, un séquito de cipreses renegridos, ante un edificio picoteado de almenas (desaparecida casa musulmana), rastrea la alegría de la mañana, saboreada en la soledad.

Bancada, verja, pavimento y farolas, símbolo de urbanismo, con-

cluyen en la Sartén, donde parece nacer un mundo nuevo y donde la Huerta pone sus primeros fueros... Notorios en «el cruce» de las cuatro piedras; que interrumpe el Malecón poco más allá del vistoso edificio de la Merced (Maristas).

Allí convergen los caminos de la Arboleja, que viene de San Antón con el Malecón y el de la Albatalia, que va ciñendo el Paseo siempre por su parte izquierda. El Malecón, convertido ahora en gigantesca mota de tierra, fajada únicamente por el sector de la carretera, se contornea en grandes ondulaciones hasta el final; pero va dejando, en sus concavidades, bellísimos parajes. Donde el cantar de los pájaros acompaña la embriaguez del ambiente, tibio y húmedo, de una huerta primaria, que se olfatea, como el azahar, por doquier. Desde donde aun hasta hace poco se ofrecía al visitante las lechugas de sus bancales, o, dátiles del famoso Huerto de la Estrella (hoy Viveros Municipales).

En vano comprenderemos al Malecón sin la huerta, porque hacia él convergen, como a su norte, los caminos o carriles que de ella parten; en un alarde de civilización que la ha racionalizado, mejor diría democratizado, desde comienzos del siglo xx. Quién no recuerda el «Carril de los Pepines» o de los «Penchos», junto a otros que llevan el nombre de Torres señoriales que se levantaban en ellos: la Torre de los Masa o de los Tudela en la Albatalia. En los que, las mañanas domingueras, los mozos encarrilan sus partidas de bolos tradicionales; o los mayores, junto al «tío Muñoz» (como aquí se llama a la estatua del filántropo enlevitado) se entregan, remozados, al juego del «caliche»; cuidando de no quedarse «zape» (último) o de arrimar los «moneos» con el truco del tiro de «pique» o de «canto»... Y, tantas otras cosas más no escritas en los famosos Bandos Huertanos.—De esa Huerta que no tiene lejanías ni necesidad de ello. Le basta, para su condición sensual, que le hizo nacer, ser recogida, en la sentimental y bella modestia de sus límites, por algo tan práctico, sencillo y eficaz como un «paseador» sobre ella.

Pero, «Amigos del Malecón» de hoy, vengamos ya en descifrar, un poco, el enigma de su construcción, en unas etapas que desglosaremos así:

Siglo XVIII, fines del XIX y lo que llevamos del XX.

Siglo XVIII. Un león en piedra, al pie de la escalnita de acceso, sostiene entre sus garras una lápida negra, con una inscripción de 1776, alusiva a la reedificación de la pared y entrada al Malecón. Se señala así uno de los momentos cumbres del XVIII, que, con el de 1785 (cons-

trucción del ciclópeo murallón sobre el cauce del río), parece indicar el triunfo de la ciudad sobre el Segura, de que es pieza clave el Malecón.

Ahora se colocan también cuatro canapés, primerizos bancos de piedra en la Sartén. Mientras los gitanos, confinados por Carlos III fuera de la puerta de la Traición, constituirán, al pie de aquella placeta, el barrio sanantolinero de las Bochas. Son los momentos en que se revigoran las antiguas «Ordenanzas del Malecón»; en que no había edificaciones en su costado izquierdo, lleno de cañaverales, y, en que, el «triunfo» de la Purísima y el Cristo de los Azotes, se alzaban junto al convento de San Francisco. Donde comenzaba el Vía Crucis que terminaba en el Calvario (Sarten), fin, por entonces, del Malecón. Y a donde, «hasta hace pocos años» —escribe Frutos Baeza—, cuando la piedad era menos redicha, acudían las gentes, que, celebraban su encuentro, con aquellos populares versos:

«Muchos Santos hay en Murcia
y se están mirando dos,
la Virgen de los Peligros
y el Cristo del Malecón.»

Siglo XIX. Se va haciendo el camino que contornea el Malecón por la izquierda y comunica el Malecón con la Albatalia y se prosiguen las reformas del dique y sus estribos; destacando las del Dean Ostolaza (1801) y posteriores de Piqueras y Baquero Almansa. Se derriban los «triunfos» en época de la Desamortización y se coloca la verja, procedente del Puente Viejo, en la Sartén.

Tras la riada de Santa Teresa destaca el proyecto (1884) de los ingenieros García Hernández y Gaztelu Maritorea, que afectaba al Malecón.

La huerta primaria que lo rodeaba, en 1848, es descrita por Madoz como: «un bosque espesísimo de moreras; las hortalizas, los trigos y los altos maizales, salpicados de palmeras y frutales, cierran doblemente (a uno y otro lado) el terreno, hasta el punto de poder ocultarse una o muchas personas sin temor a ser vistas. Como asimismo lo eran las múltiples y diseminadas «barracas». Objeto, desde el siglo anterior, de persecuciones por los regidores, por su situación en los almarjales.

Siglo XX. Es, a principios de esta centuria, al racionalizarse los riegos, cuando, a la huerta primaria, se suman cuadros de naranjos y otros árboles frutales y se redistribuyen los cultivos de esa vega promiscua, sobre la que destacan los huertos: el del Botánico (parte del antiguo de

San Francisco, el de las Srtas. Palarea, el precioso jardín de recreo del señor Casalins, etc...

En 1902, es embellecida la entrada con una sencilla portada, de dos pares de pilastras a los lados de una pequeña verja de hierro, que se repitió en la Sartén. Posteriormente se colocó la estatua de don José Muñoz y, ya en la década de los cincuenta, durante la alcaldía de don Agustín Virgili, se embelleció con la actual portada, según el diseño de don Daniel Carbonell. Siguió el derribo de la vieja Casa de Falange, posada del Malecón y, por fin, del jardín Botánico, huerto de los Cipreses y del Cura; seguido de la demolición de todo el barrio de las Bochas. Quedando todo reducido a una vasta explanada, que se extendía por la parte derecha del Malecón hasta la Sartén y que ha servido para construir el nuevo Parque Municipal y el trazado de la autopista, que enlaza la salida a Madrid con Cartagena y Granada. Sobrepasando ésta el Malecón y el río Segura a la altura de la Sartén. Necesidad no urbanística y, por tanto, más dañina que beneficiosa.

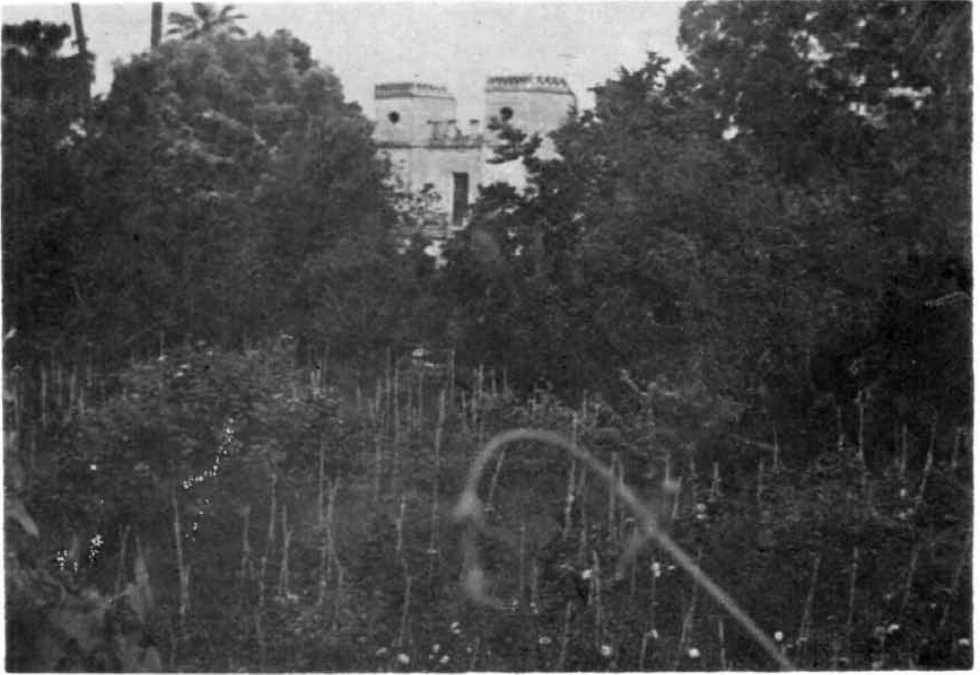
Sean nuestras palabras finales de justo canto al Malecón, para el que reclamamos las atenciones máximas relativas a su restauración a fondo, que creemos ineludible, como decíamos al principio, para la evocación de nuestros más primitivos valores tradicionales. Lo que no sería, por otra parte, más que ajustar el proyecto que se ha visto encajado en los más ambiciosos y recientes planes de urbanización: el de César Cort, en 1926, y el cacareado Plan Blein, 1949. Que, siempre han considerado al Malecón y sus aledaños como Ciudad-Jardín, en zonas que se consideran permanentemente agrícolas.



Paseo del Malecón: Portada del Huerto de los Cipreses con la fronda del huerto asomándose al Paseo, ante la bancada y verja antiguas.



Perspectiva del Paseo: Se aprecian la Catedral al fondo y a la izquierda la Portada mencionada. Mientras por la parte derecha se muestra el corte de una de las escalerillas de acceso desde la carretera de La Ñora.



Vista de uno de los huertos (hoy desaparecidos) que contorneaban el paseo, con la famosa casa-almenada de "los picos", al fondo, de raigambre mudéjar, también hoy desaparecida.